



Año XLVII

Orihuela 1 Julio de 1929

Num. 1093

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

## ¡Lagarto, Lagarto!

Cuando fui a visitarla, ya tenía noticia de su carácter supersticioso y agorero hasta la ridiculez.

Ella es una señora rica, y noble, porque sus padres tuvieron título, que pasó a un hermano mayor, muerto ya hace tiempo. Es buena como el pan; bondadosa y tierna como el requesón de sus pingües majadas; tanto, que se le deshace el alma en presencia de cualquier miseria o penalidad de sus colonos. Es, además, religiosa, porque va a misa casi a diario, luce el rojo emblema de socia del Apostolado, es cofrade de la Congregación de las Animas y... *todo lo al*, que decían los antiguos.

El puntillo flaco de doña Engracia es el que afea a más de uno y, sobre todo, a más de una cristiana española. La creencia en agujeros y supersticiones. Ahí van botones de muestra,

Un día en que estaban de matanza en su amplio y viejo caserón, sentáronse a la mesa, entre hijos, sobrinos y *gorrones*, hasta trece personas.

Doña Engracia los contó. ¡Y eran trece! ¡Trece! Levantóse al punto de la mesa.

—¿Qué tienes, mamá?—preguntó asustada su hija Florentina.

—Que estamos trece a la mesa, hija mía. ¿No lo ves? ¡Hoy pasa algo! ¡Hoy le da un cólico a alguien! ¡Y va a ser a mí! ¡Lo verás! ¡A mí!

La señora número trece se agitaba inquieta y temblorosa; ya las tripas le comenzaban a gemir con los amagos de una tirana indigestión; y lo peor era que, antes del recuento de invita-

dos, se había metido entre costilla y costilla un sin fin de primicias de la matanza.

—Pero, mamá, ¿te vas a quedar sin comer?—lloriqueaba Florentina.

—No, eso no. Tráigame la mesita en donde se pica la carne para el mondongo... así... ponle un mantelito... así... ya no hay peligro; estáis doce a la mesa.

La señora siguió embaulando *primicias y diezmos*; se levantó, y por la noche... ¡Zás! Un *miserere*; casi un *de profundis*.

Revolvióse la casa, vino el doctor, recetóle un purgante adecuado a las primicias ingeridas, y... sana y buena. Después vino una discusión sobre la causa impulsiva del cólico.

—Desengáñate, hija mía. Lo que me hizo daño fué lo que comí cuando estábamos trece a la mesa.

—No, créeme, mamá; es que cuando estabas sentada en la mesita, comiste demasiado. ¿Verdad, doctor, que eso fué lo que le hizo daño?

El médico, que es hombre complaciente, no quiere disgustar a ninguna y murmura sonriendo:

—Todo junto; lo de antes y lo de después.

## II

Segundo botón. Era una noche de verano; la señora zurce dentro de su habitación unas enaguas, con la luz encendida y la ventana abierta. Un pícaro mosquito se decide a entrar por la ventana dentro de clausura, al olorcillo de la humanidad corpulenta de doña Engracia y... cosa natural, una lechuza, que andaba de matanza aquella

noche, entra detrás del sacrílego violador, al olorcillo de su diminuta humanidad. ¡Aquí fué Troya! ¡Una lechuza! ¡Y de plumas negras! ¡Muerte, juicio, infierno y gloria! ¡En esta casa va a haber muertos! ¡Florentina, Florentina, ven corre... una lechuza... Dios mío, ¡qué desgracia!

Entrar el mosquito en la alcoba; detrás del mosquito entrar la lechuza y detrás de la lechuza entrar un síncope a los nervios de doña Engracia, fué obra de segundos.

Cuando volvió en sí, no era cadáver, como la marquesa de la novela, pero casi lo era. Su primer cuidado fué el de llamar a la *embruadora*, una vieja de corva nariz, especie de guacamayo, con greñas de arpía, y pedirle un conjuro. La arpía pregunto con seriedad:

—¿Se ha dejado la lechuza algunas plumas en el cuarto?

—¡No sé!... ¿A ver?... Mire, sí, se las dejó. Sin duda, el escobazo que le arrimó mi hija Florentina.

—Entonces, señora, no hay que temer. Las revolveremos con excrementos de murciélagos y, en cuanto se quemé un poco en la alcoba, se irán los espíritus.

Se quemó la murcialaguina con las plumas de la lechuza; la alcoba se quedó apestada hasta la cuarta y quinta generación de su ama, y la embruadora se llevó por el conjuro cincuenta pesetas.

A los pocos días, la criada de doña Engracia notaba un poco de dolor de cabeza, efecto, sin duda, del calor.

—¿Ves, Ambrosia?— chillaba con

voz triunfante su ama—, tú eras la víctima; si yo no acudo a tiempo, ya estabas tú, más tiesa que una rueca, en el camposanto.

III

Y basta de botones de muestra. Mi visita tenía por objeto convencerla, si un loco es capaz de convencimiento, de que no se dejase engañar de la embrujadora, porque la iba a dejar por puertas con sus conjuros y trápacerías. Un mes antes de visitarla yo, había tenido doña Engracia un reuma de los que tiran al suelo. No satisfecha con las medicinas del doctor, consultó, a hurtadillas, a la embrujadora, que la diagnosticó en el acto.

—Usted, mi ama, debió salir de su casa el martes por la mañana con el pie izquierdo. ¿No es verdad?

—No me acuerdo... ¡Esperé...! ¡Sí! Ya caigo: en efecto, así fué.

—Y la primera persona con quien se encontró usted fué con un tuerto. ¿Verdad?

—Ya, de eso... tal vez...

—No le quepa duda, mi ama. Y el tuerto le hizo a usted mal de ojos porque iba en ayunas. Yo le voy a dar estas oracioncitas de San Sofronio contra el mal de ojos; son infalibles: mientras las lleve pegadas al corsé, no hay miedo.

Y... ¡veinticinco pesetas por el pelucho!

La visita que yo le hice, fué larguísima, y no salí por el balcón, porque doña Engracia es muy fina, pero... ¡lo que me reí!

—Señora—le decía yo—es preciso que corte de raíz esas supersticiones. ¿No ve que la embrujadora no es más que una *culebra* que...

—¡Lagarto, lagarto!—murmuró en voz baja y precipitadamente la señora.

—¡Y dale con las supersticiones tontas! ¿A qué viene ahora eso de... ¡Lagarto!?

—¡Culebra, culebra!—volvió a repetir con más precipitación todavía.

—En fin, doña Engracia, yo vengo sólo a probarle que la última profecía de su embrujadora no es más que un timo. ¿Es cierto que su hijo de usted desapareció del pueblo hace tiempo?

—Sí, señor, ciertísimo; y que no sabía yo dónde estaba; y que... en fin,

que acudí a la embrujadora y ella me fué diciendo pe a pa todo lo que le estaba pasando a mi Enriquito y, dos días antes de volver, me dijo que estaba ya en camino.

—¿Y llegó?

—El mismo día señalado por la embrujadora. Y él me contó lo que le había pasado en aquel tiempo y... ¡Nada!, lo que le digo; pe a pa, lo que la otra me fué diciendo durante su ausencia.

—¿Y le cobró mil pesetas?

—Y que se las di con gusto. ¿Usted sabe lo que es la tranquilidad de una madre?

—¿Y usted no sabe que lo que la maldita bruja le iba diciendo no era sino lo que su hijo le iba escribiendo a usted y cuyas cartas interceptaba la embrujadora?

—¡Falso! Falsísimo!

—Pero venga a razones, señora. ¿No es su hijo quien le ha dicho que le escribía con frecuencia, sin recibir usted ninguna carta?

—¡Vaya usted a saber por qué! Esos endiablados correos!

—De modo que ¿sigue usted creyendo todavía en la ciencia... *culebra*...?

—¡Lagarto, lagarto, lagarto!

—¡Eso, eso es la embrujadora; un grandísimo *lagarto*!

—¡Culebra, culebra, culebra!

—¡Vaya, señora, que usted lo pase bien y hasta que la vuelva a visitar en el manicomio!

Y me salí más que de prisa de aquella sucursal de Ciempozuelos.

—¿Qué tal?—me decía poco después el párroco—. ¿No le parece un caso raro?

No lo crea usted—le respondí—, parece mentira, pero, en mayor o menor escala, existen bastantes Engracias y no muy pocas embrujadoras en los pueblos de nuestra España.

A. Risco S. J.

## La tentación

¿A qué ave suelen llamar reina de las aves?

El águila es un ave mayor que nuestras gallinas. Tiene el pico corvo, las uñas largas y una fuerza tal en sus garras que arrebató un cabrito, un cor-

dero y hasta un niño y se los lleva por el aire para luego comérselos.

¿Conoceis el ciervo? El ciervo es del tamaño de un novillo ordinario. Tiene los cuernos largos y ramificados y corre con tanta velocidad que parece que tiene alas en las patas.

Ahora que conocéis el águila y el ciervo, quiero contaros una historia muy singular.

El águila que vive en los montes como el ciervo, ve a éste alguna vez pasando tranquilamente en alguna verde pradera. Entonces le vienen las ganas de darle caza para devorarlo. Mas, ¿cómo? volar directamente sobre él sería inútil, porque la ve en el aire y huye. Seguidle? Imposible; porque corre con tanta velocidad que no podría darle alcance. Cómo lograr su intento? Su instinto le surgiere la siguiente astucia.

Cuando lo ve a lo largo de un sendero, el águila baja a cierta distancia en la proximidad del mismo sendero, se revuelca en el polvo para cargar de él sus plumas y despues se esconde detrás de una piedra o de una mata.

Cuando el ciervo se acerca, el águila da un salto, se coloca sobre los cuernos del ciervo y sacude las alas.

El ciervo emprende la fuga llevando al águila consigo, pero el polvo que le arroja a los ojos le ciega, no le deja ver los obstáculos y en el primero que encuentra tropieza y cae. Entonces el águila se desprende de los cuernos, se arroja sobre el pobre ciervo y hace de él una buena merienda. ¡Pobre animal! Os da compasión, verdad?

Y sin embargo, esto mismo pasa en el orden espiritual con muchos de vosotros. Como? Escuchad.

Vosotros sois los pobres cervatillos que vivís en los prados de este mundo y el águila infernal, el demonio, está siempre a vuestro lado, afanoso de arrebatáros el alma con la pérdida de la gracia de Dios. Qué hace para conseguirlo? Se vale también de la astucia.

Os estimulará a juntaros con jóvenes escandalosos en palabras y obras, a frecuentar lugares peligrosos, os pondrán en la mano (*valiéndose, por supuesto, de algún compañero,*) un libro o periódico malo y cuando os ve en este peligro os asaltará con una

fuerte tentación. Y la tentación, unida al peligro, ciega, como al pobre ciervo el polvo, y os hará pecar con el deseo, palabra u obra. Así perdéis la gracia de Dios y el demonio se apodera de vuestra alma.

Por lugares peligrosos debéis entender el baile, el teatro, el cine, la compañía de personas de otro sexo, ciertas fotografías, ciertas novelas, y otras curiosidades que son otros tantos matorrales, en que se esconde el demonio para dar muerte a jóvenes incautos o inexpertos. Huid de ellos.

R.

## CASOS Y COSAS

¿Ha llegado, por fin, a Méjico la paz religiosa?

Parece que si no una sólida y verdadera paz, por lo menos se acabó la guerra de sangre y exterminio.

No es esta una verdadera paz, porque no es un reconocimiento pleno de los derechos de los católicos. Se transige con su culto y con sus personas; nada más que se transige; y transigir, soportar, no es lo mismo que pacificación amplia y satisfactoria.

Pero algo es, algo. Todas las puertas las tenían cerradas los católicos mejicanos y se les ha abierto una, o por lo menos, un postigo.

¿Y en qué quedaron aquellos intentos de cisma con que Calles pretendió fundar una iglesia nacional mejicana?

¿Y que se hicieron de aquellos propósitos de terminar con el catolicismo mejicano?

Dinero para los apóstatas; cárceles y destierro y fusilamientos para los valientes que heroicamente han resistido, todo, todo se ha empleado y aplicado.

¿Y qué?

Pues que las luces del cielo no se han apagado.

Y sin embargo los perseguidores han visto como se les apagaban a ellos las luces de la tierra.....

¡Oh Pedro, Pedro!

Como, sentado a las puertas del cielo, las llaves en las manos, la mirada en la tierra y el pensamiento en el Divino Maestro, habrás repetido aque-

llas divinas palabras.....

*Las puertas del infierno no prevalecerán.*

Se derrumbaron las de Nerón y las de Diocleciano y las de Juliano el Apóstata y las de los carceleros de los Papas y las de Combes y Viviani y los de tantos y tantos otros demonios grandes y pequeños ¿y no se habían de derrumbar los de Calles...?

¡Pedro, Pedro!

*No prevalecerán.....*

Mussolini ha publicado sus discursos sobre el Tratado de Letrán, y los ha publicado con los mismos errores...

No cabe ya la atenuación de achacar los errores al calor de la improvisación y a la ligereza de un hombre poco formado.

Los errores que tan severamente censuró el Papa son ya premeditados.

El Pontífice se ha ratificado en sus cartas y declaraciones anteriores.

Los hombres que se endiosan son tenaces en sus errores, no por convencimiento sino por soberbia.

Mussolini se ha endiosado.

Pero Mussolini no se ha parado un momento a pensar que son muchos los cientos de dioses que se han derribado y se han roto al chocar con la roca del Vaticano.

En el centro de la gran Basílica está la estatua de S. Pedro. Mas arriba está su silla vieja, humilde; más humilde que ningún trono de la tierra, más humilde y más vieja.....

Esa estatua, que es de bronce, tiene su pié comido a besos..... las lozas de marmol que hay frente a la vieja silla están horadadas por las rodillas de los fieles.....

Al Quirinal, a Mussolini, los sostendrá la fuerza material; a esa estatua y a esa villa las sostiene el amor.....

Y el amor es más fuerte que las espadas, más fuerte que la misma muerte.

Mussolini pasará; y esa estatua y esa silla seguirán inmutables, impertérritas, en su puesto.....

La pasión ha cegado a Mussolini.

La soberbia, que es muy mala consejera, ha puesto la venda que nubla sus ojos.

Si el Duce no hubiera obrado por motivos naturales y nacionalistas, sino por motivos sobrenaturales y cristianos, se habría revestido de lo que busca, de la inmortalidad.

Pero ha querido poner una de cal y otra de arena por servir a Dios y a los hombres y no ha podido complacer a dos señores, y se ha quedado con el señor de la tierra cuya fama roerá el orín y la polilla, y desaparecerá.....

Dice la Sagrada Escritura: «Uno con una y para siempre».

El matrimonio debe ser indisoluble.

El uncido con la coyunda matrimonial lo está para *in saecula saeculorum.....*

Pero a los legisladores modernos les ha parecido demasiado dura esa ley y para evitar, según ellos, mayores males, han establecido el divorcio.

Y por ahí sí que han venido males gordos y abundantes.

No querían forúnculos y les ha salido un cancer incurable.

El divorcio está carcomiendo a las sociedades que lo tienen establecido.

Y para curar el cancer acuden a los paños calientes..... ¡Vaya medicina!

Lo último que se le ha ocurrido a un juez es impresionar en discos parlantes el acto de la celebración matrimonial.

Este disco les recordará cada día el compromiso contraído.

—¿Me quieres?

—¡Te quiero!

Pero no ha contado el juez con el refrán castellano:

—¡A mí con esas músicas.....!

Enmendar la plana a Dios, vaya, es difícil.

Los correctores hacen el ridículo.

A no ser que el juez se consuele con alguna convinación económica con las casas de gramófonos.

En ese caso el ridículo definitivo lo harían los que pagasen las placas parlantes.....

A. Hernán

## La santidad de un obrero

El arzobispo de Turín ha abierto el proceso de información sobre la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios Pablo Pío Perazzo, modesto fe-

proviario, bien conocido de toda la población turinera, falleció el 22 de Diciembre de 1911 y nació en Niza en 1848. Empezó a prestar servicios el año 1861 en la estación de Pignerolo en el registro de las mercaderías, desempeñándolo con escrupulosa diligencia. Fué luego trasladado a Turín, como Jefe del servicio comercial, en la estación de Portanuova, en donde permaneció poco tiempo debido a las persecuciones de que le hicieron objeto otros empleados envidiosos, hasta conseguir que a los años 52 fuese despedido. Ante injusticia tan manifiesta, cediendo a las instancias de sus amigos, Perazzo apeló al Consejo de Estado, el cual rechazó su demanda porque lo tildaban de clerical.

No por esto se quejó, limitándose a decir: «Hágase la voluntad de Dios.» Sus obras debieron dar testimonio a su favor. Llamábase el santo de Portanuova. Socorría y a menudo daba albergue a los que venían a Turín para tomar parte en un concurso o buscarse puesto. En su reglamento de vida, se lee esta hermosa declaración: Un verdadero católico sabe que después de Dios y sus padres su primer deber es servir a la patria.»

Nombrado Caballero de la Corona de Italia, jamás ostentó este título. Su muerte fue trágica, pues fué mordido por un perro rabioso; pero en medio de los más atroces dolores, supo conservar la serenidad del justo.

Hombres y animales le devolvieron en mal los bienes que él les dispensó siempre.

## Meditemos un poco ¿qué es la vida?

Lo primero que hemos de aprender es el concepto mismo de la vida. Tanto oímos decir acerca de la vida que nos hemos formado una opinión falsa de ella. Procuremos, pues: 1.º Corregir los errores acerca de ella. 2.º Conocerla en su realidad. 3.º Emplearla cual conviene.

I. *Opiniones falsas.*— La vida no es un entretenimiento, donde más feliz es quien más se divierte. No es una partida de juego en la cual vence el

que es más hábil o astuto o afortunado.

La vida no es una *comedia* donde cada cual desempeña su papel para recoger aplausos que disipa el viento.

La vida no es «*un valzer*» como canta el «*aria*» de una zarzuela conocida.

No es un *jardín* donde crecen flores sin espinas.

¡Ay de las jóvenes que toman así la vida. ¡Cuántas lágrimas les costará su engaño!

II. *Conocer la realidad de la vida*, por las enseñanzas del Evangelio y de los Santos. Según la verdad divina la vida es:

1. *Un don precioso de Dios*, dueño absoluto, quien nos la concede como preparación para otra vida mejor y sin término.

2. *Una breve peregrinación* hacia la patria celestial. *Tamquam advenae et peregrini.* «Los años de mi peregrinación», llamaban los Patriarcas a la vida.

3. Es una *prueba*, un tejido de gozos y de dolores, un río ya sereno, ya turbio, que va a perderse en un océano de dichas o de tormentos según sean nuestras obras buenas o malas.

4. Pero sobre todo la vida es una *lucha* sin cuartel, *militia vita hominis.*

Para todo hay que luchar. Para ganarse el pan, para obtener un puesto en el cielo. La vida es una *lucha*: Lucha interior, exterior; lucha de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los momentos; lucha ardua, penosa, de importancia capital y decisiva.

III. *Prepararse para esta lucha.* Todo cristiano que recibe el Sacramento de la Confirmación es alistado en el ejército glorioso de Jesucristo. Por lo tanto, también tú, joven cristiano, eres «soldado de Cristo», armado con el escudo de la fe, con la coraza de la oración y la espada de la caridad. Tres enemigos poderosos te combaten: el demonio el mundo y tus propias pasiones.

Como valiente soldado has de aprender a:

1. *Manejar bien las armas*: oración, Sacramentos, devociones.

2. *Obedecer prontamente a los capitanes*: padres, Director espiritual,

personas que te aconsejan bien, y, sobre todo, a Dios.

3. *Tomar posiciones estratégicas* para no caer en las celadas de los enemigos.

4. *No escuchar a los desertores*: malas compañías, lecturas, espectáculos peligrosos.

5. *No dejar en la lucha* para correr tras vanos fantasmas de felicidad y de gloria: ilusiones, ensueños, placeres.

Cristiano: Que tu lema sea: Luchar, luchar siempre, donde quiera y con valor. El laurel que ceñirá tu frente será la aureola de los santos.

## SECCION AMENA

Un caso curiosísimo de correspondencia telegráfica ocurrió, no hace mucho tiempo, entre Sajonia, Bohemia y Rusia.

Un joven de Dresden tenía una tía a la cual solían atender en el hospital de Praga. En uno de sus viajes de Viena a la capital de Bohemia, la tía murió en en el camino.

Al enterarse el sobrino, telegrafió al hospital de Praga para que le enviaran el cadáver de su tía para ser enterrado en el panteón de familia.

Llegó el ataúd a su destino, y el cariñoso sobrino, al recibirlo, lo hizo abrir en su presencia; y, ¡cuál no sería su estupefacción al encontrarse, no con el cadáver de su anciana tía, sino con el de un individuo vestido con el uniforme de general ruso!

El sobrino telegrafió inmediatamente a Praga:

«Recibido no cadáver tía, sino general ruso. ¿Dónde está cadáver tía?»

A las pocas horas recibió la siguiente respuesta, siempre por telégrafo: «Si cadáver tía no ha llegado, fué a Petogrado».

Otro parte al jefe de estación de Petogrado, en estos términos:

«¿Qué hago con el cadáver del general ruso? ¿Dónde está mi tía?»

La contestación telegráfica de la capital rusa no se hizo esperar; decía así:

«Entierre en silencio al general. Su tía ha sido enterrada con los mayores honores militares».

*Imp. La Lectura Popular.—Orihuela*